

a apuntar la necesidad de regresar a la *ultima ratio* del derecho penal y a reservar el delito para infracciones más graves del ordenamiento jurídico. ¿Veremos en los próximos años una monografía con el título de *El raptó del derecho penal*?

FELIO JOSÉ BAUZÁ MARTORELL  
Universidad de las Islas Baleares

SOLAZABAL ECHAVARRIA, Juan José:  
*Ideas y nombres. La mirada de un constitucionalista*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2015, 331 págs.

1.—Hace aproximadamente tres años tuve ocasión de glosar y comentar en las páginas de esta misma revista (núm. 190, enero-abril 2013) otro libro del autor de la misma factura (*Cuaderno abierto de un constitucionalista. Recuadros y ensoñaciones*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2012, 303 págs.). Unos libros, tanto aquél como éste a propósito del cual pergeño ahora estas breves páginas, traen causa de las periódicas colaboraciones del autor en el periódico digital *El Imparcial*, donde, de forma regular, escribe Solozabal al amparo de un rótulo genérico, pero gráfico: la mirada de un constitucionalista. En realidad, la mirada de un intelectual en el sentido más amplio y sólido de la expresión; una mirada con la que, como ha dicho Andrés de Blas a propósito del anterior libro al que hace un momento me refería, el autor despliega su «arsenal de conocimientos jurídicos, históricos, literarios y políticos» que hacen de esta obra un libro sumamente recomendable si no imprescindible.

El libro es la recopilación de más de 130 de esos artículos, breves en extensión, pero hondos en proyección, publicados entre diciembre de 2011, el primero, y marzo de 2015, el último. Y aun siendo como reza su subtítulo la mirada de un constitucionalista, va mucho más allá de esa visión parcial que podría pensarse se limita a los textos para proyectarse, en general, sobre la cultura contemporánea por donde pasan, veloces pero gráficos, paisajes, cine, recuerdos, noticias y experiencias, y, sobre todo, libros y amigos; amigos y libros. Y un pensamiento político amparado en los clásicos y aplicado al presente como faros e ideas que el lector avisado podrá continuar explorando por sí mismo. Todo ello con la mirada amable y cercana de un autor que se ha caracterizado siempre por la profundidad de sus ideas pero también por el respeto al otro, aunque de él discrepara, envolviendo con frecuencia sus opiniones menos convencionales en un envoltorio cordial y hasta cariñoso en el que, con frecuencia, no escasea el humor a la hora de tratar cuestiones difíciles y afrontar los textos encontrados.

Por las páginas de este libro —excelente regalo en estos días de fiestas en los que escribo estas páginas— desfilan, como en el anterior, nombres propios de lo más variado. Profesores, literatos o políticos, como Solé Tura, Paul Auster, Jean Daniel, Tony Judt, Unamuno, Azaola, Gomersindo Trujillo, Dworkin, Cervantes, Hannah Arendt, Eduardo García de Enterría, Azorín, Burke, Josep Pla, Juan Ramón... Pero también los grandes temas, los temas recurrentes que para un constitucionalista de raza como es Solozabal son la

Constitución y el Tribunal Constitucional y sus complejos y, en ocasiones, contradictorios vericuetos, los nacionalismos, Europa, el País Vasco presente a cada paso y, dentro de él, su querida Guipúzcoa... Los libros —todo académico vive leyendo, dirá— son fuente de inspiración y pretexto para nuevas glosas y para nuevas vueltas y revueltas acerca de lo que de su lectura queda y se rumia.

La universidad también está presente con frecuencia. Porque este libro está escrito por un universitario de primera que a su enorme cultura añade finura en el análisis y, además, una idea de servicio que es o debería ser la propia del intelectual. La universidad, pues, como expresión de eso que algunos hemos llamado una fábrica de producción de ideas quizá no de eficacia inmediata pero sí como alimento para ser repensado por otros, para, en su caso, ser puesto en práctica si consigue cierto acuerdo entre quienes tienen poder para traducir las ideas en proyectos y éstos en obras concretas, sean normas o prácticas políticas.

2.-La referencia a la universidad, a este libro y a su autor —catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad Autónoma de Madrid, como es bien sabido— me da pie para expresar en voz alta —todo lo alta que permite esta tribuna— lo que algunos profesores de mi generación, que es la misma del profesor Solozabal, echamos cada vez más en falta. Frente a la burocracia, la complejidad gestora, el encorsetamiento y aun la rigidez que está convirtiendo los campus en escuelas en las que improvisados impartidores de clases y talleres sustituyen a los profesores

de verdad, el lector de este libro adivina enseguida que detrás de esa «mirada» sobre nombres e ideas hay un intelectual, un profesor responsable y solvente en el que sus alumnos pueden encontrar un espejo que les devuelva preguntas por preguntas (aquello que decía Aranguren que caracterizaba al buen profesor, ese que es capaz de dar la vuelta al argumento colocando al alumno ante los hechos incómodos y que le ayuda no a inocularle «cosas» sino a ganar tiempo en las imprescindibles lecturas que ha de emprender él solo). A algunos aspectos de esta faceta de la actual universidad en la que conviven la excelencia y la mediocridad y a la dificultad de diferenciar el trigo de la paja amparados todos en la generalización y la perversión de las grandes palabras tantas veces vacías, me he referido en otra ocasión, junto con otro amigo y colega, y a ese no demasiado lejano artículo remito al curioso lector. Me refiero a mi trabajo, en colaboración con Tomás RECIO, «Bewitched, bothered and bewilded» (*El Cronista del Estado social y democrático de Derecho*, 23, octubre de 2011, dedicado a «La Universidad en crisis», págs. 50 ss.). El título en inglés es el de una conocida canción que ha cantado, entre otros, Frank Sinatra y que bien podría traducirse como «Embrujados, incómodos y desconcertados», reflejando en esas concisas palabras la sensación de varias generaciones de profesores que dedicaron esfuerzos para intentar hacer lo que J. J. Solozabal hace en este libro y en buena parte de sus escritos más formalmente académicos: fomentar el diálogo, el intercambio de ideas, el clima intelectual que permita afrontar la realidad con algún mimbres más sólido que la im-

provisación, pero que está lejos de las ideas dominantes acerca de lo deba ser, al menos en el ámbito de las ciencias sociales, la universidad. Pues bien, por eso, porque este libro rescata el pensamiento y las ideas merece ser leído, sobre todo, por las nuevas generaciones de jóvenes profesores con calma, sin prisas, a ratos, sin la pretensión de abarcarlo de un tirón. Porque es un libro para el reposo, para la reflexión, para incitar a otros estudios y lecturas que lo complementen una vez que el lector ha sido inoculado con el virus de la curiosidad intelectual.

3.-Vivimos tiempos complejos en los cuales la voz que más se escucha es la de las tertulias en los medios y las redes sociales, que tienen una enorme proyección y desde cuyas plataformas se improvisan opiniones de todo tipo —fundadas e infundadas— pero, en todo caso, creadoras de opinión. Por eso se echa en falta muchas veces la palabra reflexiva de quien, desde el conocimiento profundo de las cosas complejas, sabe plantear adecuadamente las cuestiones y las expone en textos y ensayos breves como los que aglutina este pequeño gran libro sobre sitios, lugares y, sobre todo, ideas.

La manera de exponer esas ideas me sugiere una última observación que añade aún más valor e interés a la obra. Me refiero al formato en que

está escritos los textos que lo integran que proceden, como he dicho, de pequeños ensayos periódicamente publicados en un periódico; una fórmula interesante para superar la cesura existente entre la producción académica, con frecuencia encerrada en sí misma, y la improvisación superficial de las tertulias o los apenas docientos caracteres de las redes sociales. Empieza a haber, por fortuna, iniciativas tendentes a superar esa barrera (véase, así, por ejemplo, la plataforma «Agenda Pública»: <http://agenda-publica.es>). Hace falta después que se lean, lo que siempre es más fácil si se ofrece en un formato como el de este libro y el de esas otras iniciativas. Bienvenidas sean si con ello se consigue erradicar el simplismo y, al tiempo, acercar la academia al gran público aportándole reflexiones y dudas, sugerencias y críticas, evocando enseñanzas del pasado cercano que no debe olvidarse y ayudándonos a todos a conocer paisajes, libros y nombres propios con el tono amable y el castellano sobrio tan propio del autor que, como suele suceder, refleja también su personal manera de enfrentarse a la vida que se evoca también, como recuerdo, desde la primera página de ese bello conjunto de miradas afables. Un pequeño gran libro, ciertamente.

Luis MARTÍN REBOLLO  
Universidad de Cantabria